

Desde pequeña me he hecho una pregunta ocasionalmente. ¿Qué estará haciendo ahora mismo el amor de mi vida? Igual ya lo conozco. Lo mismo será un compañero de clase de la universidad, o de trabajo, o amigo de un amigo. Llegará en unos meses... O quizás en un par de décadas. ¿Te imaginas que ni ha nacido? Me preguntaba entre risas. Jugaba con mis amigas a imaginar quién sería, a qué se dedicaría, con cuántos años nos conoceríamos. Y te prometo que de las decenas de combinaciones que imaginamos en cada tarde de domingo lluvioso, nunca habría pensado que lo tendría justo enfrente. Que como dicen por ahí, a veces lo que queremos está tan cerca que cuesta verlo. Y, por supuesto, mi soñadora mente nunca habría descrito a alguien tan maravilloso como tú. Yo, que nunca creí en el destino, ahora lo busco como culpable de esta locura que comenzó hace ya cuatro años, en aquel lluvioso noviembre. Culpo al destino para creer que alguien maneja los hilos, y que este tesoro no depende de mí, con mi torpeza, mis manías y mis infiernos.

No hay historias de amor buenas o malas. No hay medidor, ni juez para juzgar. Lo que sí hay es un cambio general en la sociedad, que hace que lo que antes era rutinario ahora apenas suceda. En tiempos de WhatsApp e Instagram, una notita en la puerta del frigorífico o que me esperes con el coche sin yo esperarlo cuando salgo del trabajo... marca la diferencia. Y aunque, como digo, no hay historias de amor buenas o malas... La nuestra es única.

"Ya solo se liga por redes sociales. La gente se conoce a través de pantallas, no quedan historias como las de antes", le decía a mis amigas. Mi mirada siempre estuvo puesta en las anécdotas de mis padres y abuelos. En cómo se conocían por ser el hijo/a de la vecina, al que cortejaban días y días hasta conseguir un simple paseo por el parque. En cómo llamaban al timbre en busca de la chica, sin importarles que sería el padre de esta el que abriría la puerta. La valentía reluce cuando las herramientas fallan: en aquellos tiempos los móviles eran una utopía. En definitiva, historias de verdad.

Y por ello nunca imaginé que te tendría enfrente. Literalmente. Sentado en el pupitre de delante desde mis inocentes seis años. Haciéndome rabiar con los deberes, acudiendo a mis cumpleaños sin hacerme mucho caso, teniendo mil novias que nunca eran yo. No pasaba nada, pasábamos desapercibidos. Nos hacíamos caso omiso. Hasta que retomamos el contacto más de una década después, con nuestros no tan inocentes 24 años, y miles de días sin saber el uno del otro. Habíamos viajado por medio mundo, y hasta nos habíamos enamorado de italianos o franceses, para acabar enamorándote de la chica del pupitre de atrás.

Te cuento hoy esto por una simple razón: para que entiendas cómo me llenaste de luz, en cómo llegaste cuando mi corazón se había derramado por el suelo. En lo poco que te esperaba. En lo que mi cerebro presume. Qué sí, que te lo creas. Tu historia es como las de antes. Intensa, original y especial. Reencontrarnos años después fue un regalo. Ver en

lo que te habías convertido, aún más. Y comprobar cómo volvían a volar mariposas por mi estómago en aquel encuentro repentino en una cafetería... Fue inexplicable.

Podría recordarte cómo comenzamos a hablar, cómo prometimos retomar el contacto, cómo no tardamos ni tres días en quedar. Podría describir mis primeras sensaciones, mis miedos, mi ilusión, mis ganas de gritarle al mundo lo que estaba viviendo. Podría hacerlo, pero tú ya lo sabes. Al menos eso sí.

Lo que no sé si sabes es que tengo una lista de 100 cosas que me gustan de ti. Son 100, pero creo que me falta vida para escribir infinitas listas que recojan tus pequeños grandes detalles. Por eso, hoy, Día de los Enamorados... Voy a jugar a contarte algunos motivos por los que te quiero.

Te quiero porque siempre me cedes la última croqueta del plato. También cuando son pares, y tocamos a tres. Sigues cediéndome la tuya porque sabes lo que me gusta. Te quiero cuando sujetas el paraguas para que entremos los dos, pero siempre tapándome más a mí que a ti. Aunque por proporciones te pertenezca más parte a ti. Te quiero por cómo juegas con mi hermana pequeña, cómo te implicas, cómo te conviertes sin quererlo en un hermano referente para ella.

Te quiero porque cuando me llevas en la moto me das tu chaquetón. Yo llevo el mío, pero rara vez te parece suficiente. En tu mente no cabe la idea de que pueda pasar frío. Aún recuerdo aquella fiesta, volviendo a casa de madrugada. Yo me había empeñado en ponerme falda y medias, y hacía un frío invernal. Tu cariño (y sobre todo tus copas de más) hicieron que te quitaras los pantalones y me los dieras. Y que la gente con la que nos cruzamos riese y riese sin parar. No más que yo, claro. Tú en calzoncillos, yo arrastrando un pantalón de unas cuantas tallas más. Pero éramos dos locos felices.

Te quiero porque me traes chuches los días tristes. Y bebemos vino del bueno los días felices. Y brindamos. Siempre brindamos. Siempre hay motivos, y el día que no haya, los inventaremos. Te quiero porque cuando me cruzo a alguien que lleva tu perfume, mi mundo se paraliza un instante. Te quiero porque me quedo embobada imaginando nuestro futuro. Y porque me siento la protagonista de todos los videoclips de las canciones de amor verdadero cursis que suenan en la radio.

Te quiero porque eres arte. Porque me dibujas mientras duermo, porque me cantas al oído mi canción favorita aunque desentones. Para mí siempre será el sonido más hermoso del mundo... Solo con una excepción: tu risa. Te quiero por cada carcajada, por cada lágrima de emoción, por cada chiste, cada broma. Por ser mi amante, mi amigo, mi confidente.

Te quiero porque cuando te recomiendo una canción que me gusta, al siguiente día que me subo contigo en el coche la tienes puesta. Y te la sabes. Te quiero por tus buenos días suaves cuando no me quieres despertar, y por tus buenas noches alocadas cuando no

quieres que me duerma. Te quiero por las siestas en la playa. Y por las caídas en trineo. También por las flores que me regalas en primavera. Y por las tardes de otoño viendo la vida pasar en un estúpido parque.

Te quiero por tus consejos, por tu fuerza, por animarme a ser la mejor versión de mí. Aunque eso implique estar lejos de ti, o sacrificar tiempo de estar juntos. Te quiero porque eres hogar. Te quiero cada vez que me mandas la foto de un atardecer en el que ves mi rostro. Y cuando me recuerdas que la luna es la misma para los dos, estemos donde estemos. Y cuando sin palabras entiendo que esta conexión es irreplicable.

Mi lista de 100 cosas que me gustan de ti acaba de empezar. Tengo toda una vida para ampliarla, y ojalá hubiese muchas más vidas para conocer cada rincón de ti en el que nadie antes haya estado. Tus luces, tus sombras. Tus alegrías, tus infiernos. Nuestro futuro como pareja, nuestro pasado como pequeños compañeros de clase. Porque siempre imaginé cómo sería el amor de mi vida, pero por mucho que me esforzara... Nunca hubiese logrado imaginarte.